

en la soledad silenciosa de nuestro aposento, donde Dios solo nos ve, y por otro, que congregados en un lugar santo, y olvidando, por decirlo así, á los hombres que nos rodean, conversemos con Dios como si estuviésemos en una habitacion cerrada. Nuestras iglesias abiertas en donde invocamos á Dios presente en todas partes, ante la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, nos convidan á la oracion; pero el que no ora en su casa, dificilmente orará con piedad delante del altar (1).

“Y cuando orais, no habéis mucho como los paganos, porque creen que hablando mucho serán oídos. No os parezcáis, pues, á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que le pidáis. (San Mateo, VI, 7 y 8).”

No habla mucho el que dice muchas cosas, porque su corazón está lleno, sino el que dice poco en muchas palabras y habla con un corazón vacío. Jenofonte dice de Sócrates, aquel grande hombre cuyo entendimiento penetrante logró descubrir tantas verdades: “Pedia solamente á los dioses, que le concedieran el bien, porque saben mejor que él lo que es bien (*Memorab. Socr.*)” “Y Sócrates cita con elogio en Platon, esta súplica de un

(1) Sucede muchas veces, entre los mas pobres del pueblo, que toda una familia habita en un corto recinto, donde á veces los juramentos del marido quitan á la piadosa muger hacer la oracion de la mañana ó de la noche, y la charla de la muger turba la piedad del marido: Qué dicha es para ellos hallar entonces un asilo abierto en una iglesia!

poeta: “Concedenos, supremo juez, el bien, ya te le pidamos ó no te le pidamos; y niéganos el mal aun cuando te le pedimos.” La conducta de estos sábios paganos ¿no es capaz de ruborizar á una multitud de cristianos que oran tan mal?

CAPITULO XVIII.

ORACION DOMINICAL.

“Vosotros, pues, orateis así:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga el tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy el pan nuestro de cada dia, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos induzcas en la tentacion; mas líbranos de mal (1). (San Mateo, VI, 9 á 13).”

(1) En nuestros ejemplares griegos hallamos tambien estas palabras por conclusion: “Porque á tí te pertenece el reinado, el poder y la gloria en todos los siglos. Así sea.” Estas palabras son muy hermosas, y no parecen indignas de esta oracion divina; así es que todas las traducciones protestantes las han adoptado; pero no se hallan ni en la Vulgata, ni en San Agustin, ni en los manuscritos griegos mas antiguos. Por lo tanto, Grocio, y siguiendo á este, otros escritores protestantes, las consideran con nosotros como no auténticas, y creen que siendo un uso de las iglesias orientales, donde se decian inmediatamente despues del Padre nuestro, como para bendecir y glorificar á Dios (*doxologia*), se habian ingerido en los manuscritos griegos, mayormente cuando los Padres de la Iglesia griega no hacen mencion de ellas, ni tampoco los de la Iglesia latina.

Aun cuando no tuviéramos tantas y tan incontestables pruebas de la mision divina de Jesucristo, y por consiguiente, de todas las verdades que nos enseñó, pareceme que esta oracion sola bastaria para confirmarla. ¡Qué pensamientos tan grandes en tan pocas palabras! ¡Qué sublimidad y qué sencillez! El niño las pronuncia con devocion, y el sábio se engolfa en su abismo y no puede profundizarlas. Un abismo llama á otro abismo: saquemos de él algunas gotas.

Padre nuestro: en la meditacion de estas dos palabras, hallamos todo el espíritu de la religion de Jesucristo. El mismo nos enseña, que los dos mandamientos que dió Dios á los israelitas: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, y con toda tu fuerza (Deut. VI, 5), y amarás á tu prójimo como á tí mismo, encierran toda la ley y los profetas. (San Mateo, XXII, 37 á 40, y San Márcos, XII, 29 á 31). Nos enseña á llamar nuestro Padre al eterno, al infinito, con entera confianza y con un amor filial. Así nos instruye el Hijo único que viene á reconquistar los derechos perdidos de nuestra filiacion, y al mismo tiempo nos enseña que no pensemos solamente en nosotros, cuando nos dirigimos cada uno en particular, para implorar su misericordia y su gracia: no, debemos comprender á nuestro prójimo en nuestras oraciones. ¡En qué disposicion tan agradable á Dios nos colocan desde luego estas dos palabras *Padre nuestro*, si las pronunciamos con piedad!

Padre nuestro que estás en los cielos. ¿Por qué en los cielos, estando presente en todas partes? Un venerable padre de la Iglesia (San Agustin *de sermone Domini in monte*) dice: Esto significa: tú que estás en los santos y en los justos." Sin embargo, no puedo figurarme que en esta oracion, llena de una sublime sencillez, un pasage del todo alegórico no sea simplemente mas que una alegoría. Dios está en todas partes. Ya sabian los santos de la antigua alianza, que los cielos no podian contenerle. ¿Es creible, decia Salomon en la dedicacion del templo, que Dios habite verdaderamente sobre la tierra? Porque si los cielos y el cielo de los cielos no pueden conteneros, ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? (Libro III de los Reyes, VIII, 27).

Es verdad que Dios está presente en todas partes: no hay, pues, peligro que cuando confesamos realmente con nuestras oraciones, que creemos en su presencia, (porque ¿cómo podriamos hablar al que está ausente)? caigamos en el error grosero de limitar su presencia á algun lugar. Mas ¿dónde querriamos mejor representárnosle que donde se manifiesta á los espíritus bienaventurados, á los justos perfectos? ¿Donde la humanidad santificada de Jesucristo, unida esencialmente á su divinidad, está sentada á la diestra de su Padre, es decir, donde su humanidad es la compañera de su gloria, donde nos reemplaza, donde ofrece nuestras oraciones al Padre, y nos espera para que por él lleguemos á donde él está, y seamos semejantes á él, porque le ve-

remos tal cual es? ¿Dónde mejor que donde verán á Dios los limpios de corazón?

Santificado sea tu nombre. El autor de la bienaventuranza eterna no necesita ser glorificado por nosotros, pero nosotros necesitamos que él sea glorificado en nosotros y por nosotros. Vivir en Dios, es decir, sumergirse con el espíritu, con todo nuestro amor, en su belleza infinita, ese es nuestro destino, el destino de todas las almas, y eso es lo que pone el colmo á su felicidad. Ahí debe conducirnos todo cuanto vemos y todo cuanto aprendemos de cualquier modo que sea. Debemos hallar á Dios en todas las cosas: debemos verle en este mundo visible y magnífico, que no es mas que una sombra de su poderío; en todos los objetos de complacencia de los sentidos ó del alma; en el canto melodioso del ruiseñor; en la voz de un amigo cuando nos abre su pecho; bajo la bóveda magestuosa del cielo; de día y de noche; en la mirada ingenua y graciosa de la inocencia, y en los ojos animados del amor puro. Debemos descubrirle en el semblante del moribundo á quien Dios llama, y que va á comparecer delante de él; en cada presentimiento de nuestra alma cuando está embotada por el cuerpo mortal, y se siente oprimida del tedio de esta vida terrena: porque él es quien engalanó tan magníficamente este hermoso universo; él quien inspiró melodías tan admirables al ruiseñor; él quien nos descubre su poder, su sabiduría y su amor en las innumerables estrellas; él quien mandó á la luna publicar su gracia,

y al sol cantar su magnificencia. El sacó la alabanza de la boca de los recién nacidos y de los niños de pecho. (Salm. VIII, v. 3). Solo en su amor se enciende el rayo puro de la caridad verdadera: su presencia sentida más de cerca, es la que despide una centella del otro mundo sobre el rostro del moribundo á quien llama á sí: todo tedio del alma, cuya sed no se apaga ni puede apagarse en la tierra, se refiere á él; porque todo lo que es hermoso y bueno, lo es solamente por la participacion de la esencia del que es la fuente de toda belleza y de toda bondad, ante quien los serafines se cubren el rostro y claman: Santo, Santo, Santo es el Señor, á quien nosotros llamamos nuestro Padre, porque su Hijo se habia hecho hermano nuestro. Santificado sea su nombre.

La santificacion de su nombre es la propagacion de la salud; por eso nuestra madre la Iglesia nos enseña á decirle: "Te damos gracias por tu gran gloria."

Venga el tu reino. El reino de su poder es tan inmutable como ilimitado y eterno: no viene, no anda, es estable. Las criaturas no tienen fuerza y vida sino *por él*: ¿qué podrían, pues, *contra él*. "Apartarás tu rostro y se turbarán: retirarás tu espíritu, y flaquearán y volverán á su polvo. Enviarás tu espíritu, y serán criadas, y renovarás la faz de la tierra." Así cantaba David. (Salm. CIII, v. 29 y 30).

"El Señor reinó, enójense los pueblos." (Salmo XCVIII)."

El puso diques al mar cuando salía de su lecho, como el niño que sale del seno de su madre; le envolvió en las nubes como en una vestidura, y le rodeó de las tinieblas como de los pañales de un niño; le marcó sus límites y le puso puertas y barreras diciendo: Llegarás hasta aquí y no pasarás adelante: aquí quebrantarás el orgullo de tus olas. (Job. XXXVIII, 8 á 11). Puso límites al poder del infierno, y si las puertas de éste se levantasen contra él, no prevalecerían contra su Iglesia: edificó ésta sobre la piedra, y fijó aquellas en sus goznes, en que giran pesadamente y con estruendo.

Con todo oramos: *Venga tu reino*. Pedimos á Dios que no permita en su justo juicio, que el espíritu del mundo corra á su perdición: que se digne atajar la incredulidad, esta liga del orgullo y de la sensualidad: que reprima la injusticia: que lleguen tiempos en que la misericordia y la verdad se encuentren, y la justicia y la paz se abracen: que la verdad salga del seno de la tierra, y la justicia mire desde lo alto de los cielos (Salm. XCIV): que el reino de su amor se dilate cada vez mas: que el pueblo de Israel, á quien sus decretos segun sus promesas, conservan de un modo tan admirable entre las naciones de la tierra, abra cuanto antes los ojos: que con su ejemplo atraiga á sí los pueblos que aun no le conocen, y que se cumpla pronto esta promesa: La gloria del Señor cubrirá la tierra, como las aguas lo profundo del abismo. (Habacuc, II, 14). Que Dios tenga á

bien oír las súplicas de sus santos, y los votos reunidos de las tres Iglesias, militante, paciente y triunfante de su Hijo: que preste oído á la intercesion de este mismo Hijo, que es el único misericordioso (Apocal. XV, 4); y que envíe su espíritu para renovar la faz de la tierra. (Salm. CIII, 30).

Guardémonos bien de incurrir en una falta demasiado natural en nosotros. Sentimos con mas vehemencia los males temporales que nos tocan, y que al cabo son puramente imaginarios, que los males públicos de la misma clase (1); pero en cuanto al mal verdadero que es el pecado, nos conmovemos mas cuando se comete públicamente, que cuando se mantiene oculto en nuestro corazon. Por consiguiente, pidamos á Dios que su reino permanezca en nosotros, y que podamos pertenecer al número privilegiado de aquellos de quienes decia nuestro Salvador (San Juan, XIV, 23): "Si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y nosotros iremos á él y haremos mansion en él."

El reino de Dios en la tierra, es el reino de Jesucristo, que debe reinar hasta que ponga á todos sus enemigos debajo de sus piés; y el último enemigo que será destruido, será la muerte. (I ad Cor. XV, 25 y 26). Es-

(1) Cierta sugeto aseguró á un aldeano de Angelmodde, lindo pueblecito cerca de Munster, que tomaba una parte muy grande en la desgracia, como él la llamaba, que una nube de piedra acababa de causarle destruyendo su cosecha; mas el aldeano, con la sonrisa en los labios, y meneando su hermosa cabeza blanca, respondió: "¡Oh! esta no es una desgracia: no es mas que una pérdida: el pecado solo es desgracia."

te reino habrá llegado á su perfeccion, cuando Jesucristo haya entregado su reino á Dios su Padre, y haya aniquilado todo principado, potestad y dominacion, para que Dios sea todo en todas las cosas. (Ibid. 24 y 28).

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Cuando Dios dijo: sea esto; cuando crió el cielo y los espíritus del firmamento, hijos de la luz, todo estaba en armonía sobre la tierra, porque todas las cosas criadas obedecian su voluntad santísima. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. El dia habla al dia, y la noche á la noche. (Salm. XVIII, 1 y 2).

De las obras de Dios salen armonías que regocijan todos los sentidos del hombre, asombran su inteligencia, y arrebatan su corazon, porque la Omnipotencia sacó de la nada estas armonías del universo, la Sabiduría eterna las ordenó, y el Amor infinito las entonó. Con estas armonías concuerda perfectamente el hombre, porque él, imágen de Dios, es tambien una armonía de fuerza y de dones de Dios.

Pero llegó á pecar, pecó por sensualidad y por orgullo. Desde entonces forma una excepcion bien triste entre todas las criaturas que ve, porque estas cumplen todavía hoy la voluntad de Dios, contra quien él se rebeló. Los ángeles pecaron por un orgullo mas irritante aún, y perdieron irrevocablemente la imágen de Dios. El cielo los rechazó y quedó limpio. Así, segun hemos notado anteriormente, nada puede acontecer contra la

voluntad de Dios, porque ni el sol, ni el polvo, ni un ángel, ni un gusano, se mueven sin su licencia.

Pero obedezca con amor ó no á la voluntad de Dios la criatura, á quien el Señor dotó de razon y voluntad, toda la felicidad y todo el valor de ella, dependen de ahí.

Por el Hijo de Dios fué criado todo cuanto existe, las cosas visibles é invisibles. Por él se apiada Dios del hombre prevaricador, y da la herencia *de los santos* á todo el que quiere alcanzarla, y los trasporta al reino de su Hijo amado, con tal que quieran lo que quiere él, cuya voluntad es que se salven todos los hombres.

Todos los que están en el cielo, no quieren mas que lo que quiere Dios, y lo quieren con amor, por amor y únicamente por amor; y cada vez que cumplen la voluntad de Dios, se realza su felicidad: de esta manera participan en cierto modo de su omnipotencia, porque sucede todo lo que desean, como que no desean mas que lo que Dios quiere, y todo lo que sucede aumenta sus delicias.

En él tenemos la vida, el movimiento y el ser (Actos de los apóstoles, XVII, 28), querámoslo ó no lo queramos. El *querer ó no querer* decide de toda nuestra felicidad y nuestro valor, segun hemos dicho. Los ángeles malos y las almas de los réprobos, teniendo en Dios la vida, el movimiento y el ser, se rebelan contra él; y ese es el tormento que los persigue continuamente sin aniquilarlos. Los justos, los ángeles y las almas uni-

das á Dios por los vínculos de la caridad, teniendo la vida, el movimiento y el ser en Dios, sacan la vida eterna de la fuente de la vida. Reunidos al manantial de lo bello y de lo bueno en un amor eterno, se engolfan con indecible alegría de la caridad, en el Océano de la hermosura y en el seno del amor infinito. Allí poseen felicidades de que no podemos formar la menor idea en este mundo, aunque todo lo que regocija nuestro corazón y levanta nuestra alma, sea un indicio secreto de lo que no vió el ojo, ni oyó el oído, porque el corazón del hombre no ha concebido jamás lo que tiene preparado Dios para los que le aman. (I ad Cor., II, 9).

La caridad lo da todo, y, lo que es mucho más precioso, se da á sí misma: el origen de nuestro ser es la caridad, y nuestra mayor felicidad es amar. Para amar á Dios donde está, es menester que hayamos principiado á amarle en la tierra. Cuanto más le amemos, más acercaremos nuestra intención á la de Jesucristo, que decía (San Juan, IV, 34): Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado para que concluya su obra. Así, puede llamarse dichoso al que desde este mundo dice de todo corazón, y especialmente en las grandes aficciones que le hacen todavía más dichoso: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Danos hoy el pan nuestro de cada día (1). El hom-

(1) La palabra griega *epiourion* (§), que se expresa por *cuotidiano* en to-

(§) En todos los ejemplares griegos que tengo á la vista, entre los cuales, uno es edición de 1619, y otro de 1695, y otro

bre fué criado á la imagen de Dios. ¿No pudiera decirse con verdad, que fué criado en especial á la imagen del Verbo, cuya encarnación se había resuelto desde ab æterno?

es muy moderno, y con los variantes, en todos, repito, se lee *epiourion*. Esta dición admite dos orígenes; uno del participio del verbo *epeimi*, y entonces significa *venturus, de die in diem sufficiens, quotidianus*, &c., ó es compuesta de la preposición *epi*, *super*, y de *ovsia, substantia, essentia*, &c., y en tal caso, significa *supersubstantialis*, sobresustancial. (Véanse los Diccionarios greco-latino de Hederico y el aumentado por Ernesto). Y esta sin duda es razón bastante para vindicar ambas versiones de San Gerónimo, doctor máximo en la interpretación de las Escrituras divinas, y de la Vulgata. (*Nota del aprobante mexicano*).

Las traducciones (excepto en el Evangelio de San Mateo de la Vulgata de San Gerónimo), no se encuentra en ninguna parte más que en el Padre nuestro de San Mateo y de San Lucas. Así es que el sabio Orígenes, en cuyo tiempo había tantas obras griegas, que han desaparecido después, no la había hallado nunca sino en el Padre nuestro, y creía que los evangelistas habían formado esta palabra. San Gerónimo halló en la antigua Vulgata, que la palabra *epiourion* se había traducido por *quotidianum, cuotidiano*, y en su nueva Vulgata la vertió por *supersubstantialem*, en San Mateo, y por *quotidianum*, en San Lucas, según la antigua Vulgata. La primera significa, *sobre toda sustancia*, y la segunda, *cuotidiano*. El mismo Santo conviene en que el pueblo se había atenido á la antigua interpretación, *cuotidiano*. En efecto, la otra es del todo contraria al idioma griego, porque si los evangelistas hubiesen querido expresar *sobre toda sustancia*, hubieran empleado la palabra *uperourion* ó *uperousiote*. La Iglesia universal ha conservado la interpretación *quotidianum*, sin duda porque ha entendido siempre por aquella palabra, el pan de cada día; y difícilmente se persuadirá nadie, que se haya introducido una interpretación

El Verbo, el Hijo eterno del Padre eterno, á quien es igual, era hombre como nosotros, nacido de una muger, formado como nosotros, de carne y de sangre, y rodeado de debilidad como nosotros, y tenia hambre y sed como nosotros. Ahora está sentado á la diestra de Dios, y nosotros seremos semejantes á él, porque le veremos tal cual es. (Epis. I de San Juan, III, 2).

Nosotros somos llamados á la cualidad de hijos de Dios, y tenemos en la tierra las necesidades de los brutos. Por un extremo de nuestra naturaleza tocamos á Dios, y por el otro á los brutos. Nos es lícito, y aun mas, nos manda el Hijo de Dios, no solo elevar nuestros deseos hácia el gozo indecible y eterno de ver á Dios y reunirnos con él, sino tambien elevarlos sobre nuestra esfera eterna; porque ¿qué serian las peticiones sin deseos? Santificado sea el nombre de Dios: venga el reino de Dios: hágase la voluntad de Dios.

Los justos perfectos y los arcángeles próximos al trono, no desean ninguna otra cosa mas sublime, solo que falsa en la oracion que el mismo Jesucristo enseñó á sus apóstoles, y que todos los cristianos rezan en todo tiempo. Derivese, pues, esta palabra de *epieiai*, *acercarse*, ó lo que es mejor, de *epeinai*, *estar cerca*, *estar á punto de*, *llegar (imminere)*, siempre significa el sustento necesario para el día corriente. He ahí por qué se dice en San Mateo: Danos hoy el pan nuestro cotidiano; y en San Lucas: Danos hoy el pan de cada día. Nosotros, de pié á la puerta de Dios, segun San Agustin, como unos mendigos, debemos pedir todos los dias, sin ruborizarnos, nuestro pan de cada día á aquel de quien todo lo tiene el mas rico y el mas poderoso, tanto tiempo como él quiere que lo conserve, porque el Señor á quien le pedimos, es nuestro Padre.

la llama de su ardor es más pura; pero el objeto más elevado de sus deseos, y su mayor felicidad, es que Dios sea adorado, que reine en su reino, y que se cumpla su voluntad.

Mas tambien nos conviene, y aun nos lo manda el Hijo de Dios que quiso nacer de María, que pidamos con humildad y con una confianza filial: danos hoy el pan nuestro de cada día. Las tres primeras peticiones abrazaron el cielo, la tierra y la eternidad: esta cuarta se limita á un solo día y al sustento del cuerpo.

“La vida del hombre es como el heno, y florecerá como la flor del campo: porque pasará por ella un soplo, y no subsistirá, ni conocerá el lugar en que estuvo. (Salm. CII, v. 15 y 16).”

Danos hoy el pan nuestro de cada día. Mas la misericordia del Señor desde la eternidad y para siempre sobre los que le temen. (Salm. CII, v. 17). Santificado sea tu nombre: venga tu reino: hágase tu voluntad.

Por esta peticion: Danos hoy el pan nuestro de cada día, que nos enseñó Jesus, vemos que nos es permitido pedir con un sentimiento filial, dones y goces para la vida transitoria. Podemos pedir la salud á aquel que curó á los enfermos; la conservacion de nuestros sentidos, al que abrió los ojos á los ciegos y los oídos á los sordos; la prolongacion de nuestra vida, al que sostuvo á Pedro sobre las olas del mar; la conservacion de la vida de aquellos á quienes amamos, al que resucitó el hijo de la madre desconsolada, y la hija del padre abatido.